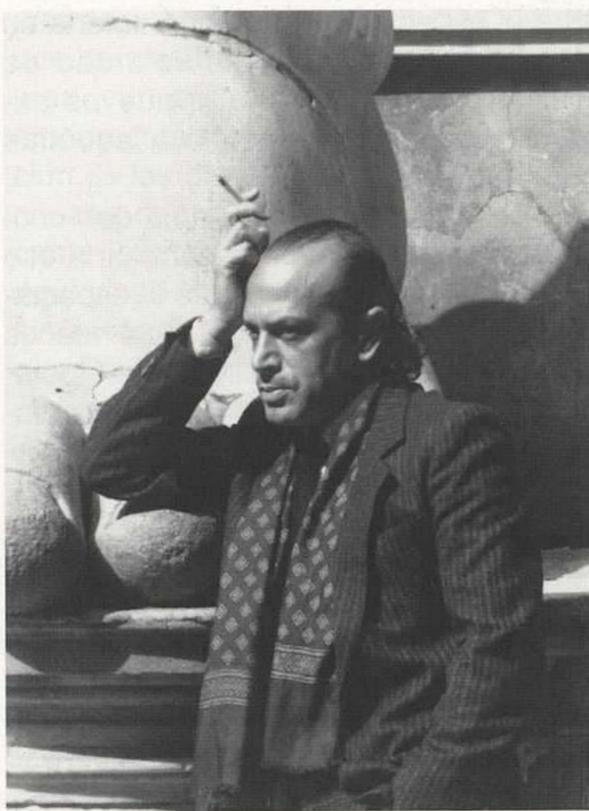


Doce signos zodiacales para un código deontológico en las laderas del Etna

por Ramón Pareja

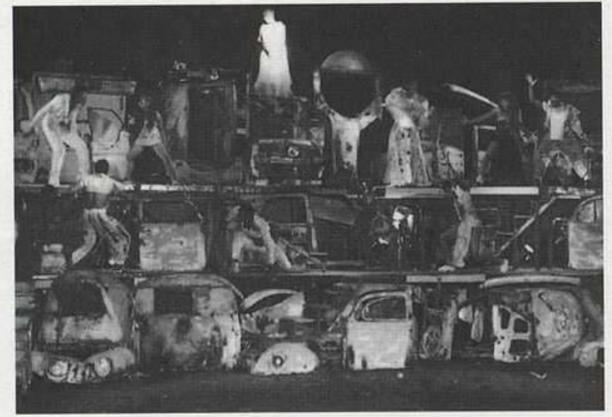
Caídos bajo las sospechas de prácticas onanistas en lugares públicos y pervertidos sodomitas, los Proscritos de Selinunte, alquimistas y astrólogos, fueron finalmente confinados en las pendientes carbonizadas del volcán Etna por orden de Theodorico de Siracusa, hijo menor de Theodiro llamado también El Persa. El Oráculo de Agrigento, mediocre según sus adversarios de la escuela de Messina, advirtió que transcurrirían doscientos veinte días entre el primero del confinamiento y la próxima erupción del volcán. Tiempo para que los confinados se diesen un código moral y científico para alejar así las siniestras sombras que sobre ellos pesaban oscureciendo todo valor científico a sus descubrimientos. Si no llegaban a formular el



código en el tiempo establecido por el Oráculo, la lava en su irreversible e infernal descenso, tenaz y carbonizante, acabaría con ellos y quedarían expiadas las muchas e innumerables obscenidades que arrastraban a través de los años según Theodorico y las gentes de Siracusa y Agrigento.

Las normas imperantes les prohibían disponer de alambiques o artilugios para sus experimentos. Sólo la palabra sería el instrumento canalizador para definir el código. Tratándose de alquimistas y astrólogos protestaron, ya que a través de la sola palabra difícilmente podrían experimentar aleaciones, compuestos químicos, las observaciones físicas, variantes de la materia para comprender el indeterminismo, pesos, medidas... Necesitaban instrumentos, pero Theodorico fue intransigente y, ya

que el tiempo para el descenso de la lava estaba trascurriendo, se dedicaron a establecer estadísticas de los cambios con las que definir una ley que demostrase la complejidad de un universo cambiante y el mundo efímero al que ellos pertenecían. Habían llegado hasta el alba del día doscientos encerrados en el laberinto de deducciones intuitivas sobre la propia cosmogonía olvidando la amenaza de la erupción. Alguien entonces propuso una especulación metafísica que cumpliera con las exigencias del poder y sobrevivir a los vaticinios del Oráculo. Se trataba de dividirse en doce grupos, tantos como signos zodiacales componían el entorno cósmico que estudiaban, hasta definir el grado de influencia ejercitado por cada signo sobre los nacidos durante el período en el que dominaba su energía. Cada grupo autoidentificado con su ancestro comprobó cómo todos ellos se reconocían y compartían los mismos gustos, carácter, sensibilidad. Eran algunas de las infinitas refracciones de un mismo espejo en forma de Taurus o Piscis suspendido en el espacio, y en el tiempo, sobre el que se reflejaban, y a su vez reflejaba, el destino de todos aquellos que venían tocados por sus destellos. En esas misteriosas partículas que atravesaban el espacio todo estaba determinado. Así quisieron entenderlo los proscritos de Solinunte que sintetizaron este descubrimiento en un manuscrito en el que explicaban la misteriosa complejidad de unas leyes, hasta entonces desconocidas, y que podían ser las llaves con las que definir el código exigido por Theodorico. Adaptarían sus conocimientos a la tiranía del propio ancestro zodiacal. Supeditarían el saber y la ética al temperamento. Teorías y comportamientos serían coherentes con el universo mágico del que creían depender. Los proscritos sabían que para Theodorico no era tan importante el contenido del bagaje de experiencias humanas acumulado a través de un largo recorrido debido a que el aparente caos, en el que ellos parecían estar inmersos, les negaba por efecto, credibilidad a los ojos del Poder representado por Theodorico quien, a su vez, no parecía estar interesado en otra cosa que no fuese un código comprensible, ordenado, que lo ayudase a saber



Arriba: "Cyrano de Bergerac", de E. Rostand. (1990).
Abajo, a la izquierda: "La Cocina", de A. Wesker. (1988). A la derecha: "Sueño de una noche de verano", de Shakespeare. (1989) Dirección: Ramón Pareja.

si, a quienes tenía que reconocer, era el discutido y discutible grupo de alquimistas, para pocos, o al degradado grupo de onanistas como pensaban las gentes de Selinunte y Siracusa,

Con evidente ironía, un proscrito propuso definir el manuscrito como la «Primera Deontología de la Liberación Vulcano I» pero aún no hubo terminado de hablar cuando un fuerte temblor movió la entera montaña y un asfixiante olor de azufre invadió el aire. Se cumplía el día doscientos uno. Las predicciones del Oráculo de Agrigento se confirmaban mediocres, como sostenían sus homólogos de la escuela de Messina. Las predicciones se habían adelantado en veinte días. La lava, impiadosamente lenta y exterminadora, deslizó su interminable y febril lengua incandescente

para carbonizar a su paso las ideas, las experiencias, los signos. La lava, como la peste, acabó con los proscritos y con ellos se diluyó el estigma del Mal que padecían de siempre. ¿Muerte o Resurrección para la expiación de todos los males?. La Crueldad -muerte, purificación- se configuraba ya antes de su teorización, antes del Monte Sinaí y aún antes de Rodez.

Algunos siglos más tarde el investigador y antropólogo Dajartato di Sinigaglia descubrió en las laderas del Etna y cerca del cráter, bajo oscuras cenizas, entre sombras carbonizadas, algunos fósiles de apariencia humana. Extendidos yacían con lo que parecían dedos intentando incidir en la superficie algunos signos de apariencia incomprensible. Más tarde se descubrieron contor-

nos de animales con apariencia de toros, otros tenían la forma de peces entrelazados, colas puntiagudas que sugerían escorpiones en batallas... así, hasta componer un total de doce. Este número despertó curiosidad. Todo estaba predeterminado en el mundo hermético de la cabala y el doce era a su vez la clave de lectura, por coincidir con otro código encontrado aquellos días en Toscana y que encerraba doce desconocidas comedias de Plauto y que más tarde fueron consideradas como un punto crucial en la valoración del mundo pagano, que entonces iniciaba a configurarse como periodo pre-Renacimiento. Se llegó a establecer una relación, sin duda elucubrada, que identificaba las fuertes inclinaciones conocitivas y las razones sociales que determinaron ambas persecuciones; la de los proscritos de Selinunte y el Convicto. Sin duda el descubrimiento Plautino suscitó la ostilidad oficial eclesiástica, como fue revelado más tarde, después de la Contrarreforma en el primer documento contra la comedia de «Zanni», y es que la inclinación conocitiva tenía un estrecho legame con la exhibición, tendencias homosexuales y el amor platónico. Algún moralista de la época creyó ver el ectoplasma del diablo y deseó encender de nuevo las cavernas dormidas del Etna, lo que no impidió que, a través de los siglos, se perpetuase la idea de la homosexualidad como consustancial a la creación. El hecho de que estos conformasen un extenso grupo cohesionado, cómplice y solidario, parecía confirmar esa creencia aunque ellos aportasen y defendiesen los mismos postulados humanistas y científicos de los heterosexuales -menos unidos y cómplices-; de hecho no impidió que todos indistintamente cayesen bajo el mismo estigma de depravados, como los proscritos de Selinunte lo fueron en su día. El olor de azufre aún se percibió por mucho tiempo, hasta las postrimerías del siglo XX, cuando se celebró el VIII Congreso de Meta-Teatro (?) en la llamada Bética Baja.

Quedan pocos documentos creíbles de aquel lejano encuentro, tan sólo algunas traducciones del filólogo Pepillo «el de la Margara» estudioso del Tarto-Calò. Dice «el de la Margara»: «Fueron llegando expertos en el método y

procedimiento de Cagliostro, conocedores de la Bio-Alquimia Constructivística de Rasputín en el periodo pre-Zarista, seguidores del Budismo y Zen. De la Galia llegó un experto en elevar el debate a la jerarquía de ciencia como los tiempos exigían, Como un exorcista que extrae el diablo intuitivo y perverso del cuerpo de los agnósticos, el Galo dispuso sus instrumentos de la neo-teología de los signos y dijo: «Statuti Academiae Parisiensis-Thelologi... licentiati... post celebratas in suis scholis Vesperias, quilibet eorum doctoratus dignitatem rotudumque magisterii»; prosigue «el de la Margara»... «alguien arguyó que la metafísica y la cosmogonía religiosa han intentado reducir el mundo a símbolos o ideas primarias. La imposibilidad de reducir la pluralidad de la experiencia a pocas representaciones ideales ¿qué significa respecto a la metafísica tradicional? La respuesta es simple» -dijo el hombre que era ciego- «no se puede reducir el mundo a un cierto número de símbolos, el éxito está en la multiplicidad irreducible del mundo, así surge en la imaginación en los periodos de crisis de la historia»; alguien gritó que no había contradicción y otro formuló el principio de la incertidumbre, y un tal Prigogine recordó el otro principio de auto organización de la naturaleza. En el fragor del debate tronó de nuevo el eco lejano de Theodorico: «Disponéis de pocos días para «definirlos» antes de que caiga sobre vosotros la lava de la indiferencia». Resignados y casi inmortales de tanto morir trazaron nuevas líneas en el espacio que pasaban sobre la cúpula de la catedral de Gadez y llegaban hasta Orión donde, llenas de sal y efímeros sueños, hicieron logaritmos con los viejos signos del zodiaco para definir un nuevo castillo en el aire desde donde, una vez más, saltar al vacío. Con la geometría mágica de los signos reciclaron la antigua arquitectura fosilizada entre lavas del volcán a la que dieron el mismo sentido. Restablecieron el diálogo mudo entre el mundo astral y el de los congregados. Divididos en tantos grupos como signos conocían, calcando a los proscritos y cada uno de ellos reencontró la armónica coherencia, entre sus tendencias creativa y la razón de esa energía. Era quizás un orden especula-

tivo pero servía para delimitar «parcelas especialísticas», como ellos llamaban, entre la razón y el temperamento. Cuenta Pepillo «el de la Margara» cómo estas ideas ingeniosas y «orgánicas al Poder» hubiesen podido tener el éxito deseado pero esta práctica encerraba en sí misma una traición: al definirse se banalizaban, se eternizaba la identificación de cada uno de ellos en el puzzle, definido, del espacio. No hay definición cerrada para quienes empíricamente, observando un mundo cambiante, lo dibujaban utópicamente en el aire. La naturaleza volvió a revelarse. Cuenta «el de la Margara» que sólo quedaron legibles algunos fragmentos de los signos estudiados, el resto fue destruido por una violenta e inexplicable rebelión y de cuyo origen habla sólo al final, después de exponer el breve material salvado:

«Signo Sagitario: Quienes sintiéndose atraídos por el Dadaísmo, Futurismo o Surrealismo podrán encontrar una explicación a esa tendencia y aunque pueda parecer históricamente superada, obedece a la presión ejercitada por su signo. En este caso es Sagitario que hace de los nacidos bajo su influjo que sean amantes de la libertad y no toleren restricciones. Sentimientos fuertes pero inconstantes. Exagerados, impacientes y fanfarrones. Quienes otorgan valor científico al propio ascendente legalizarán el propio estilo creativo por encima de otras tendencias que puedan desviar su personalidad.

Escorpión: Carácter fuerte, energético y penetrante. Queridos y odiados. Magnetismo personal. Psíquicamente destructivos, vengativos, libertinos».

En ese abismo, prosigue «el de la Margara», al borde del Neuro Romantismo se asomaban peligrosamente casi todos los participantes del Congreso y, del vértigo oscuro y profundo llegaban los inquietantes bramidos de Taurus, la rebelión y el individualismo de Leo, la soledad de Virgo y la mimesis de Géminis, el silencio de Piscis, el veneno trasgresivo de Scorpio y la poesía dolorosa y la risa que precede la locura y el azufre invadiendo el aire y la lava quemando el intento mismo de contar aquel misterio; el de los confinados en las laderas del Etna no lejos de la Bética Baja.